EPÍLOGO DEL SIGLO XIX

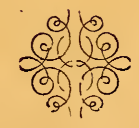
DE LOS CIEGOS EN ESPAÑA

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE D. A. N. M. Y L.

cuyos derechos de representación cede en beneficio de los mismos



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. GARCÍA.
Calle Mayor, número 119
1892

EPÍLOGO DEL SIGLO XIX

DE LOS CIEGOS EN ESPAÑA

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE D. A. N. M. Y L.

cuyos derechos de representación cede en beneficio de los mismos.

PERSONAS: D.ª AMPARO, joven.
D.ª MARIA, ciega.
MANUELA, idem.
ANGELA, ídem, joven.
D. JOSÉ, hijo de D.ª María, muy joven.
JUAN, ciego.
PEDRO, ídem, joven.
Dos chicos, conductores de los ciegos.

LA ACCIÓN PASA EN MADRID

En la planta baja de una modesta casa, sala de mediana amplitud humildemente amueblada, dos puertas laterales y una en el fondo. En un rincón del mismo habrá un pequeño fogón y junto á éste una mesa de pequeñas dimensiones, casi cubierta de cacharros de cocina. En medio de la sala otra mesa mayor y algunas sillas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, *decentemente vestida, con un traje de color bien oscuro y un pañuelo blanco, el que cubrirá su cabeza, en la que se le verá el cabello que rodea su frente bastante cano. Al alzarse el telón vendrá como de haber salido, por la puerta de la izquierda. Todo lo irá haciendo y palpando con el embarazo natural de un ciego.*

Doblados ya los colchones
y abierta la ventanilla,
se ventilará la alcoba...
Después le haré su camita...

(Venía hácia el espectador y se vuelve hácia el fondo tomando la escoba del otro rincón opuesto al fogón.)

con su dormitorio; el mio;
y esta que es sala y cocina
y también es comedor,
son tres piezas, que con vista
podria tenerlas al pelo...

(Barre un poco, lo deja y va hácia el fondo.)

¿Pero qué has de hacer, María...
sabré antes si la lumbre

se apaga ó está encendida?
(Tentando cerca de la hornilla.)
Mi pobre hijo, antes de irse
la puso, aunque tenía prisa...
Ha debido de apagarse
si no calor sentiría...
Pues, señor, hagamos otra.
(De la chimenea toma un cacharrito y de él un trapo y lo hace.)
Pues no es chica esta torcida
ó torción. El aceite...
(El aceite lo toma de un pequeño frasco que hay en la misma.)
Aqui está... Calma, María,
que esta es la obra maestra
que hacer los más de los días.
(Después de haber mojado, todo á tientas, el torción en el mineral, busca los fósforos, que están en la mesita, y con silencio y gran atención tirará tres encendidos, guardando intervalos; y observando que el último levanta llama, por el calor de la cara, que acerca algo, arrima el torción, que enciende de la misma suerte.)
En el nombre de Jesús
y de la Virgen María.
Uno... Nada... Dos... tampoco...
Tres.. Ah! prendió la torcida
al tercero. y á Dios gracias
que no es floja la llamita
según el calor que siento...
Cuando esté bien encendida,
para las planchas pondré
al instante la otra hornilla...
¿La escoba dónde la puse?
(Buscándola, la toma; barre. Momento de pausa.)
Ya, aquí está arrimadita...
Parece que huele mal...
(Después de haber barrido algo, lo que seguirá haciendo.)
Esa picara gatilla
del pastelero del lado,
ha tomado la rutina
de hacer mi casa jardín...
Si es así, pobre María,
tú misma con esta escoba...
extenderas la semilla,
como sucedió otra vez.
¿Pero qué has de hacer sin vista?...
tener paciencia y sufrir...
Voy á poner la otra hornilla.
(Suelta la escoba, va al fogón, echa lumbre con las tenazas en la otra hornilla; luego pone en una las planchas y en otra el puchero, haciéndolo todo con la consabida fatiga del que no ve.)

Dios me dé tino. el calor
no es ya de lumbre encendida,
si no apagada, y el ascua
se me escurre, qué fatiga...
Uf! que no la cojo bien...
Y la tenaza echa chispas...
Mis planchas, y mi puchero,
pronto se hará la comida,
y en esta también las planchas
se calentarán deprisa...
En tanto, quitaré el polvo
á la mesa y á las sillas,
y extenderé sobre ella,
(Lo hace, y luego va tomando todas las piezas que nombra, las que están sobre una silla, no siendo en la que estaba la manta y el lienzo. Después va estirando prolijamente los cuellos y puños.)
primero esta manta fina,
y el lienzo; aquí está la ropa;
ah! no, en esta otra silla.
Válgame Dios, con qué afán
he lavado estas ropillas
del hijo de mis entrañas...
Estas son sus camisitas...
Siempre estarán algo sucias... (*estirándolas*)
Como me falta la vista,
no puedo restregar bien
donde más lo necesita...
Pero creo que la lumbre
debe estar muy encendida,
y las planchas ya pasadas.
Ay! Jesús, Jesús me asista,
(Tentando alrededor.)
pues si parece un volcán!
Y las planchas echan chispas...
Apartaré una... En tanto
que alguna cosa se enfría,
prepararemos la prenda...
Una... dos... son tres camisas,
las empezaré primero...
Si, ya están bien oreaditas,
y el almidón lucirá.
que está en punto... la tirilla
y la pechera; le gusta
que salgan bien armaditas,
(Se pone á planchar como se puede suponer en una ciega.)
pobrecillo! Dios lo quiera
que me salgan bien. *(Pausa.)* Decía
él á sus solas cantando

una de sus poesías,
que no tiene otro valor
que el dolor que se la inspira,
por ver tan ciega á su madre,
que dice así en su letrilla:
«¿Por qué, Dios, la madre mía,

(Medio cantado y recitado, pero de una manera agradable.)

con ese afán tan prolijo,
se desvela por el hijo
que contempla su agonía?
¿Por qué así pasa la vida,
siempre en noche y con dolor,
al no poder conocer
al objeto de su amor?»

(Al concluir su canto, va á cambiar la plancha, arde un trapo y hace llama sobre el fogón. Dará un grito, luego da voces llamando á doña Amparo despavorida, yendo hacia la puerta del fondo a tientas.)

Ay! Jesús! Que me abrasé..
Fuego, fuego! Estoy perdida...
¡Doña Amparo, doña Amparo,
socórrame!... Madre mía!
Si no estuviera en su casa!...
Doña Amparo de mi vida,
ay!, doña Amparo, ampáreme.

(Se oye una voz agitada que se acerca.)

LA VOZ. ¿Qué ocurre, doña María?

ESCENA II

DOÑA MARÍA, D.ª AMPARO, *que entra por la puerta del fondo muy agitada.*

MARIA. ¿Verá usté el fuego?... Yo no... *(muy agitada).*
Lo sentí por la agudeza
del dolor...

AMPARO. *(acudiendo á María).* ¿Qué, se ha quemado?

MARIA. Sí, aquí, en la muñeca... *(mostrándola)*
Pero acuda antes al fuego...
¡Ay de mí si se extendiera! *(Amp. va al fogón).*

AMPARO. Cálmese, doña María,
que el fuego es cosa pequeña,
un trapo que se ha quemado.
Agua en él, agua *(echándosela de un jarro.)*
(¡Qué escena,
Dios mío!) Yá esto acabó.

MARIA. Ah! Cómo chisporrotea,
no será chico.

AMPARO. Ni grande.
Quiero verle la muñeca,
que va a levantar vejiga.

(Viéndosela y trayendo con prontitud un cacharro en el que echa sal y agua. Habla ligero.)

si la dejamos á secas.
Al momento de quemarme,
yo meto siempre en salmuera
la parte dañada, y esto
me evita las consecuencias,
pero si pasa un minuto
no sirve; con que así meta
(Cogiendosela y metiéndola en el cacharro.)
usté aquí la mano ahora,
que lo poco que la escueza,
le curará pronto y bien.
(Llevándola hacia la mesa y arrollando los paños de planchar, la quiere sentar junto á la misma, en donde pone el cacharro en que María tiene la mano. María se deja conducir, pero no se sienta.)

MARIA. Sí, que se cure aunque duela,
yo me entrego en cuerpo y alma
á una vecina tan buena...
Qué fuera de mí, Dios mío,
si siempre á usted no acudiera!
(Pausa corta. Amparo se limpia los ojos.)
El día que el hijo mío
llegó á su casa, y apenas
entró, le oí que arrojaba
(En más alta voz y con horror creciente.)
bocanadas tan tremendas
por su boca, y yo creía
que era un cólico, qué pena!...
Pero fué mucha mi angustia
al saber que sangre era
lo que con tanta abundancia
de aquella boca saliera!
Cada golpe que en el suelo
cual una gran regadera
caía de aquella sangre!
Ay! Mi corazón se hiela!
Oirlo, y no poder ver
en qué cantidad saliera!
Dios mío! ¿Hay en el mundo
mayor angustia que esta?...
Las de la muerte, ¿qué importan?
Son dulces, son llevaderas,
que el que espera un más allá
nunca la muerte temiera.

AMPARO. Es cierto, mas no recuerde (*conmovida*)
lo que causa tanta pena.

MARIA. Y cómo no? Doña Amparo,
si yo olvidarlo pudiera!

Tampoco recordaría
la larga convalecencia
que aquella gran hemoptisis
a mi hijo le produjera,
y si le hubiese faltado
tan eficaz asistencia
como usted le dispensaba,
mi hijo muere, y yo de pena.

Amparo. Yo? .. Dios que vela por todos;
fué cura suya, y maestra,
que en los bordes del sepulcro
sólo salvarle El pudiera.

María. Usted le vió agonizar! (*Con pavor.*)
Yo palpé sus carnes yertas!
Toqué sus ojos hundidos!
Su aliento al mio no contesta.
Mi vez tampoco él la oia!

(Con demostraciones de suprema angustia. Amparo la oye conmovida.)

Su sien no latía apenas!
Su pulso paralizado.
Un gemido! y todo cesa!...
Y yo palpaba y palpaba!... (*Haciéndolo.*)
Nada de vida se encuentra
y en mis dedos las miradas
de mi alma se reflejan!.
Y otra vez su sien palpaba!
No latía! Estaba quieta, (*Con desaliento.*)
y, yo! No veía nada!...
Hasta que el corazón, presa
del más profundo dolor,
cedio conmigo en la tiera!. ..

Amparo. ¿No la he dicho ya que olvide
tan dolorosas escenas?
A qué torturar la mente,
doña María? Quisiera
que cuadros tan dolorosos
en relieve se pusieran,
y en cada casa de un ciego
el mundo entero los viera;
esos dolores cubiertos,
esas redobladas penas,
pues que á la falta de vista
las demás que se le agregan
inherentes á la vida
auméntese la miseria,
mas esta, la humanidad
remediaría si quisiera.

María. No todos tienen un hijo

como yo que les mantenga,
aunque con un corto sueldo,
que el pobrecito se apena
porque no me tiene en grande...
Pero es tan jóven; si apenas
cumplió los quince. ¿No es gracia
ganar nuestra subsistencia
á tan corta edá, y lo endeble
que aun de sus males se encuentra?...

AMPARO. Cierto, ¿pero y esa mano?
(Con dulzura la obliga á sentarse en la silla.)

MARIA. Me duele al sacarla fuera.

AMPARO. Quieta. Esta ropa, en mi casa
(Cogiéndola con manta y todo.)
se planchará, las pecheras
saldrán bien... Y la comida, (*Yendo á verla.*)
veamos... ya casi hecha;
luego vengo..

MARIA. Ya lo sé.
Pero, Dios mío, qué buena;
si en todo está, así, mi hijo
(Amparo que ha estado envolviendo la ropa en la manta. váse por el foro.)
vendrá á comer y no espera... (*vase Amparo*).

ESCENA III

MARÍA *sola.*

Y la ropa?... Dios la premie
en el cielo y en la tierra.
(Pausa corta. En escucha.)
Me parece que alguien viene...
Y no es él, porque si fuera,
yo le conozco el andar,
y no es el suyo... Ya llegan.

ESCENA IV

DOÑA MARÍA.—JUAN, *que entra por la puerta del fondo.*

JUAN. Alabado sea Dios.

MARIA. Por siempre amén.

JUAN. Cómo vamos?

MARIA. Sufriendo una quemadura.

JUAN. Adónde?

MARIA. En una mano.

JUAN. Vaya por Dios.

MARIA. Es ligera...
Y usted, Juan?

JUAN. Yo, por ahí ando,
y ahora solo.

MARIA. Cómo solo?

JUAN. Qué quiere usted? Si el muchacho
que me ha servido de guía
siempre, me ha abandonado. (*Casi llorando*)
Se marchó, y me dejó solo!

MARIA. Qué dice usté?

JUAN. Y no era malo,
pero malas compañías
siempre traen malos rezagos.
Yo le prohibía esos amigos.

MARIA. Estoy aturdida.

JUAN. Claro,
¿quién lo había de pensar?
El era mis piés y manos...
Tal estoy, doña María,
que me paso el día llorando,
para venir hasta aquí
Yo no sé lo que he pasado;
por todas partes he ido
de continuo tropezando...
Casi desde que estoy ciego
me acompañó ese muchacho,
y estoy, señora, sin sombra;
no sé ni lo que me hago...
Ciego y tan solo en el mundo...

MARIA. No ha encargado otro muchacho?

JUAN. Ayer mismo, y esta tarde,
muy pronto, dentro de un rato,
voy á una cita con uno,
á ver si nos arreglamos.
Ah! Si sé lo que me pasa,
del hospicio nunca salgo,
que los pobres incluseros
no tenemos otro amparo!
y miente todo el que dice
que una parte de hospicianos
llevan consigo la herencia
de tener los ojos malos,
no por la falta de aseo,
que añaden ser esmerado,
y sí por tener la casa
gran número de albergados;
se engañan, nunca allí tuve
mis ojos ni una vez malos.

MARIA. Yo, que ni Hospicio ni Inclusa
siquiera he visto, he cegado.

JUAN. Y tantos otros, y á más
los que vayan ingresando.
Es cosecha en esta tierra
que abunda bien en el año.

MARIA. Y que la ciencia y la higiene
atajarla no alcanzaron.
JUAN. Y, ahora que nombra la higiene:
Lo será no haber probado
ni una comida caliente
desde que se fué el muchacho?
MARIA. Cómo así?
JUAN. Era costumbre
ya que nos retirábamos
de andar calles y plazuelas
la caridad implorando,
según se hallaba la bolsa
pan y demás mercábamos,
y al llegar á nuestra casa,
si era cosa de guisado,
él ponía lumbre, lo hacia,
y así muy bien cenábamos,
en paz y gracia de Dios.
MARIA. Pues yo guiso.
JUAN. Y se ha quemado,
y se quemará mil veces,
si anda con lumbre; pues claro.
Si yo me veo y me deseo
para encender un cigarro.
MARIA. Es verdad.
JUAN. Yo tengo un miedo,
con las lumbres, no me amaño,
y creo que aunque me amañara,
como ni para pan saco...
En fin, que estoy como un niño
sin andaderas; no valgo
para nada yo así solo,
y si muy pronto no hallo,
por ser tanta mi pobreza,
un compañero ó muchacho
para buscarme la vida,
me muero de hambre.
MARIA. Vamos,
no piense usté así.
JUAN. Por eso,
voy á hablar á ese muchacho,
y hágame usted el favor
de decir á doña Amparo,
pues para eso he venido,
todo cuanto me ha pasado,
y que, aun cuando tarde un poco,
que yo á su cita no falto.
Con que, hasta después, señora.
(Juan se dará un golpe en la frente contra el quicio

de la puerta del fondo, y se pone la mano en l frente. Exclamación de María, que se levanta a oir el golpe, la que queriéndose acercar á Juan se aleja aturdida y equivocada)

MARIA. No hay que andar desacertado.
¡Ay!... Qué es eso, señor Juan?

JUAN. No la he dicho que no valgo
para andar solo? No es nada;
que me he dado un buen trastazo
en la frente, que á muy poco...

MARIA. ¡Ay Jesús! Se ha hecho usted daño?

JUAN. Creo que sí. Vea usted, á ver...
Mas qué digo; estoy soñando.
Si usted tampoco ve nada;
me olvidé que mi muchacho
no era usted.

MARIA. Duele mucho?

JUAN. Sí; pero ya más calmado,
y sangre no debe haber...
Seco está y estoy tentando,
sólo que el sitio del golpe
aparece algo abultado,

MARIA. Pobre Juan.

JUAN. Adios, señora.

MARIA. Espere le pondré algo.

JUAN. Con el fresco de la calle
se me cura. *(Vase Juan.)*

MARIA. Qué golpazo! *(Pausa.)*

ESCENA V.

MARIA, *sola.*

De mi hijo á Juan ahora
su verso bien le alcanzó,
mejor dicho, su letrilla,
que él entona con dolor.
«De luces artificiales *(cantando medio recitad*
en él siglo hay profusión;
yo, ni puedo ver ninguna,
ni tampoco la del sol.»
Hijo mío, por mí sufre.
También esta otra cantó:
(Medio cantado y recita

«Hacer luz artificial
se quiere de la razón,
y cual crater de un volcán
cerebros en erupción
formará hoguera infernal.»

(Leve pausa. Luego, escuchando contenta, se leva ta presurosa, saca la mano del cacharro, que conde, se la seca y acude á extender un mantel bre la mesa, el que saca del cajón de la misma.

Pero ya oigo sus pisadas;
él es mi alegría... ¡Oh!
y la mesa no la puse. .
este pícaro dolor.

ESCENA VI.

ARIA, JOSÉ, *que entrando por el fondo, suelta su sombrero sobre una silla.*

:. Madre mía, no te afanes,
que yo la mesa pondré .
(Acabando él de extender el mantel.)
estate un rato tranquila.
pobrecita, si no ves.
Quiera Dios mi principal
me acabe de conceder
el aumento de mi sueldo
para poder cubrir bien
todas tus necesidades
y tener una mujer
que nos sirva y te acompañe.

RIA. Tu afan de siempre.

É. Sí, á fe...
Te compadece, y me ha dicho
Que en breve estaremos bien.

RIA. Es muy bueno; Dios le pague
el bien que nos quiere hacer,
le premie; si, por nosotros
siempre se tomó interés...
Pero dí, ¿cómo te encuentras?
Te fuistes malo.

SÉ. Estoy bien.
Todo me pasó ya... Ea
(Disputándola los objetos y empujándola dulcemente en el asiento de uaa silla, y él acaba de poner la mesa. María se sienta.)
te sientas, mamá...

RIA. Pondré...

SÉ. Nada pones. Ea, aquí.
(Sentándola. Luego va al fogón por la comida.)

RIA. Bueno. (Que no alcance á ver
mi mano ni la salmuera,
pues si sabe me quemé,
se apura el pobre hijo mío.)

SÉ (*trayendo la comida*). Ya está todo. Ea, á comer.
Te estoy sirviendo la sopa.
(Se las va á poner y las retira. Lo hace con la cuchara)
Espera, las enfriaré.
Qué bien huelen, qué bien hechas!
No hay en el mundo mujer

que guise como mi madre.
Digo, y eso que no ves...
Y cómo las cantidades
calculas todas tan bien?

MARIA. Los líquidos por el jarro (*se ponen á*
lo demás ya al tacto sé.

JOSÉ. Pero un día vas á quemarte
al ir la lumbre á poner,
y eso me inquieta de un modo...

MARIA. No temas. (Acaso esté
muy á su vista mi mano
(Esconde más la mano y empuja el cacharro
bajo la mesa con un pié.)
y el cacharrito á su vez)

JOSÉ. Qué piensas?

MARIA. Ah! Yo? Pensaba...
(Volviendo algo de su distr

JOSÉ. Pensabas que digo bien.

MARIA. No, mi pensamiento ahora
no era ese. ¿Sabes...

JOSÉ. Qué?

MARIA. Que doña Amparo socorre
á cuatro ciegos.

JOSÉ. Sí.

MARIA. Pues
más tarde van á venir,
que creo te lo dije ayer,
aquí citados por ella
para ese plan...

JOSÉ. Sí, ya sé,
y para ellos unas coplas
de mala muerte hice ayer...
Gran plan, si á cabo se lleva
y se logra salga bien,
memorable se hará España
porque la primera es
donde males tan antiguos
se remedien por doquier.

MARÍA. Es cierto... Esos cuatro ciegos
son sus predilectos... ¿Qué?
(Al tocarla José para darla el cocido que María

JOSÉ. Toma el cocido.

MARÍA. Así es
que el pobre Pedro y Angela,
que absolutamente ven,
ella quiere que se casen.

JOSÉ. Si los puede socorrer.

MARÍA. Ya lo creo, si tú vieras
(A José se le cae la cuchara sobre la mesa que
él caído de bruces sobre la misma.)

lo que se aman! Se les ve,
según dice doña Amparo,
á los dos palidecer
y temblar cuando se oyen;
el eco de la voz fué,
sin duda, el que enamoró
á entrambos, y lo hizo bien
Cupidillo, él rebusca
los rinconcillos, y á fe
que sin respetar á nadie
sus disparos salen bien;
tirando á diestra y siniestra
con ellos la fué á emprender,
y como son sus flechazos
tan certeros, hieren bien.
Doña Amparo los ve heridos
y los quiere socorrer.
Ah! qué alma tan noble y buena!
No te parece José
que si tan noble la habrá
ya mejor no podrá ser...? (*leve pausa.*)
Qué dices? .. (*idem*) Pero, y la carne?
No me das la carne... He?...
Ni el tocino?... ¿No lo encuentras?...
O se quedó por poner?
Se quedaría en el puchero,
yo en el cocido lo eché, (*leve pausa*)
no hay duda, puedes mirarlo (*idem.*)
Qué dices?... lo vas á ver?...

(Con inquietud y agitación creciente.)

Pero, qué es esto! no me oyes ..

(Levantándose, va á tientas palpando hasta palpar á José.)

Hijo mio... José! José!
Ay, Dios mio de mi vida,
venid vos á socorrer
á este hijo!!! Hijo del alma!!!

(Palpándolo con ansiedad.)

y está frío! José, José...
Hijo!... hijo. Vírgen santa!
Doña Amparo, venga usted,

(Llamándola á voces y corriendo desatinada hácia el fondo y volviendo hácia José.)

doña Amparo! Ay Dios mio,
si yo le pudiera ver?

ESCENA VII.

os y DOÑA AMPARO *que entrará por el fondo.*

(*Antes de entrar con temor y desasosiego.*)
(Qué ocurrirá? Dios eterno!)

Qué es esto?

(Viendo á José, y asustada se acerc

MARÍA. (*Con agitación creciente.*) Usted lo dirá..
Comíamos, y yo le hablaba,
le hablaba, él sin contestar,
y yo, torpe, sin caer.
que algo... Ay, Dios! que será?
José, hijo de mi alma!

AMPARO. Tiene muy buen color.

MARÍA. (*Como alimentando esperanza.*) Ah!

AMPARO. Es que con el alimento,
la misma debilidad
le ha ocasionado el mareo.

MARIA. Hijo! (*Llamándole.*)

AMPARO. Le voy á llamar (*lo hará.*)
Pepito, Pepito.

MARIA. Ay, Dios! (*muy asustad*

AMPARO. Ya pronto contestará

(Soltando el vaso y tirando el buche de agua c
tomó con ánimo de hacerlo, luego lo lla

no se ponga usted así,
no le quiero rociar,
Pepito.

MARÍA. (*Con desconsuelo.*) Ah! no contesta.
Si sus ojos no abrirá?
Pues deben estar cerrados.

(Siempre palpan

AMPARO. Pero en breve se abrirán
Pepito! (*llamándole.*)

MARIA. Sigue el color?...

AMPARO. Bueno.

MARIA. Aún no se mueve!

AMPARO. Ya!

(Más alta la voz y co

MARIA. (*Con ansia*) Qué?

AMPARO. Que vuelve!

MARIA. (*Con alegría creciente*) Y ya se
Abrió los ojos?

AMPARO. Ya están.

MARIA, Hijo, hijo mío.

AMPARO. Aún sigue
algo aturdido

(Leve pausa. José mira con extrañeza, se
con algún embarazo, y habla con dific
se irá disipando.)

JOSÉ. Ma, má...
Qué es esto, por qué te asustas!...
Y doña Amparo? (*pausa recordando*) Y
Si, que estábamos comiendo

y sentí un mal estar...
y te he d do, madre mía,
una comida fatal..
Un vahido. Ah! en mejor hora
no me ha podido atacar...
se concluyó la comida.

MARIA. Si, que nos puede hacer mal.
Dios quiera nos caiga bien
lo que hemos comido ya.

AMPARO. Y yo haré un poco de té
que servirá de final.

(Va hácia el fondo; lo hará.)

JOSÉ. ¡Ah! Muchas gracias, vecina.

MARIA. Creo que nos ha de probar.

JOSÉ. Vaya, me he portado bien.

(Levantándose, luego mira su reloj.)

Pero qué hora será?
Pasan de las doce y media;
no sé si podré esperar.
toma tú el té, madre mia,
que yo bien me encuentro ya.

MARIA. Pero por qué es esa prisa?
No te puedes esperar,
y conoces á los ciegos
que aquí citados están?

JOSÉ. Bien quisiera, mas no puedo.
me encargó mi principal
que hoy á la una volviera...
Ya sabeis quisiera estar
por leerles las copletas;
dos ciegos conozco ya.

AMPARO. Pues si ha de estar á la una
no le quitará tomar
esta tacita de té,

(Presentándosela y después á doña María otra, pues traerá una en cada mano con su plato debajo y una cuchara.)

que, á soplo y sorbo, ya está;
se depacha en tres minutos.

MARIA. Qué pronto la hizo.

AMPARO. Bah!
Si el agua estaba caliente
y mucho, eché el té... y qué más.

JOSÉ. Muchas gracias, doña Amparo,

(Tomando el plato.)

no la puedo desairar.

MARIA. No toma usted, doña Amparo?

(Esta la coloca el plato sobre la mesa con el cuidado debido á un ciego.)

AMPARO. Gracias.
JOSÉ. Y qué dulce está.
MARIA. Ya sabe que así te gusta.
JOSÉ. Que soy goloso, verdad?...
Como el niño está malito
hay que contentarle... Bah,
si estoy ya tan listo, y siento
el tenerme que ausentar
á la hora de la cita
que impuso la caridad
de mi señora vecina
á esos ciegos... A que ya
al pastelero vecino
se apresuró á preparar
para que obsequie á esos pobres
á sus expensas?...
(Se vuelca la taza de María haciendo ruido en el plato y vertiendo el té. José, asustado, acude y luego Amparo.)
Mamá!
AMPARO. Válgala Dios!
JOSÉ. Te has quemado?
MARIA. (*Levantándose.*) Nada, y me pude abrasar,
(Sacudiéndose la falda.)
porque el té está echando chispas.
JOSÉ. Y cómo lo sabes?
MARIA. Bah!
porque había tomado un buche,
¿quieres ahora investigar
si por haberme quemado
sé que abrasa? Pues no tal.
Quise meter la cuchara,
dí al borde...
JOSÉ (*Interrumpiéndola*). Vas á tomar
media taza con mi mano.
MARIA. Acábala (*rechazándolo*).
JOSÉ. Tú, mamá,
¿rehusas saber mis secretos..
y me vas á desairar?
MARIA. Eso no, dame.
(Bebiendo en la mano de su hijo que tiene la taza.)
JOSÉ. Ajá.
Ahora un beso á tu hijo (*se lo dan mutuamente*)
porque ya está aquí de más.
Hasta después.
(A Amparo que se ocupa en desalojar la mesa.)
MARIA. (*Suspirando*). Ay!
AMPARO. Adiós.
MARIA. Ese te acompañará.

JOSÉ. Ya vendré pronto, si puedo
(Tomando el sombrero váse por la puerta del fondo.
mis asuntos despachar.

ESCENA VIII

Los mismos, menos JOSÉ.

AMPARO. Señora, ¿es verdad que el té (*desconfiada*)
hirviendo no la quemó?
MARIA. No es verdá, en la misma mano
(Demostrando como que la duele.)
he sufrido un salpicón
y ha vuelto á reproducirse
el ya dormido dolor.
(Amparo toma el cacharro, lo pone sobre la mesa y la mete dulcemente la mano en él.)
AMPARO. Pues vuelva á meter la mano,
paciencia y válgala Dios,
que la salmuera será
su curandera mejpr.
A lo malo, ya se sabe,
nunca falta un tropezón.
MARIA. ¿Pero ha visto usted qué día?
Mi quemadura anterior,
el desmayo de mi hijo,
y luego otra vez yo
derramar tan torpe el té.
AMPARO. Y no ha sido lo peor,
que de todo se ha sal do
no muy mal.
MARIA. Gracias á Dios,
salimos bien, ya lo creo,
y muchísimo mejor
de lo que podía esperarse...
Mas recuerdo me encargó
el pobre Juan, que por cierto
se ha dado un buen coscorrón
yo creo que contra la puerta...
AMPARO. ¿Se ha hecho daño?
MARIA. Mucho no,
según dijo... Que si acaso
tarda, le hiciera el favor
de decir á usted que pronto
viene.
AMPARO. Con que esté á las dos...
(*Dudando.*) Calle, en la pastelería,
yo no sé, me pareció,
como que está en esta casa,
haber oido la voz
de Manuela.
MARIA. A mí también:

escuche con atención.
(Las dos en actitud de escucha.)

LA VOZ. «De luces artificiales
(Cantado ó recitado, como sea más cómodo, pero mejor será cantado con gusto.)
en el siglo hay profusión.
Yo ni puedo ver ninguna,
ni tampoco la del sol.» *(Leve pausa.)*

MARIA. Esa canción de mi hijo
ella una vez me la oyó,
y ya ó la dice ó la canta,
que adapta con su dolor...
Y si le oyera decir
á mi José como yo,
que tal profusión de luces
le nublan el corazón...

AMPARO. Lo creo.

MARIA. Hay la eléctrica,
la de bengala, y yo
el gas sólo conocí,
y luego el gasmill. ¡Ay, Dios! *(Suspirando.)*

AMPARO. ¿Pero él le dice á usted eso?

MARIA. Leía, y se le escapó,
que suele por distraerme
leer alto.

AMPARO. Vaya por Dios.
(El nos conserve la vista,
y tengamos compasión
de estos mártires hermanos
que vemos en derredor.)

ESCENA IX

Las mismas.—MANUELA, *que entra por la puerta del fondo.*

MANUELA. Muy buenas tardes, señora.

MARIA. Muy buenas nos las dé Dios.

AMPARO. ¿Qué tal, Manuela?

MANUELA. Ah! Las dos
están, y si no hablo ahora...
Pobre de mí, qué sabía.
Me va mal, pues qué ha de hacer
la desdichada mujer
qué anda así, señora mía,
vagando por ahí á oscuras,
con hambre, cansancio y frío.
¿Qué mal cometí, Dios mío,
para tantas amarguras?
Mi mano se queda yerta
de dar siempre á la guitarra,
mi corazón se desgarra,

mi voz cantando va incierta.
Y luego. triste de mí,
¿qué saqué de la jornada?
Diez céntimos, casi nada,
que en mi bolsillo metí.
Ni un panecillo he comprado
para templar mi fatiga,
pues no hallé una mano amiga
que su importe me haya dado;
pero ese buen pastelero
de ahí junto, cuanto me vió,
al punto me remedió
con vino, pan y dinero.

MARÍA. (Y doña Amparo es tan buena,
que hasta ignoran que ella paga
todo.)

AMPARO. Yo espero Dios haga
se mitigue vuestra pena.
Se trata de remediar
tan eterno sufrimiento.

MANUELA. Loca me vuelve el contento.

AMPARO. Pues paciencia y esperar.

MANUELA. Esa es la vida del ciego,
la caridad esperando,
y aunque llore va cantando,
si rabia, nuestro sosiego.

ESCENA X.

Las mismas, y ANGELA, *que entra por la misma puerta.*

ANGELA. A los presentes
un día feliz
yo les deseo.

AMPARO. También yo á tí.

ANGELA. Pero no día,
noche sin fin.

MARIA. También pudiera
yo eso decir.

ANGELA. No lo que pasa
tan sólo á mí.

MARÍA. Qué?

ANGELA. Ya lo saben...
Vieron que al fin
mi corazón
se quiso ir
con otro ciego,
¡triste de mí!
¿Qué nos espera?
Doble sufrir...

Que doña Amparo
no podrá al fin,
aunque nos casa,
siempre acudir
á la familia...

Amparo. (*Interrumpiéndola.*) Ya lo ofrecí,
no temais nada.

Angela. ¡Gracias sin fin!
Ya ve, tres horas
permanecí
hoy en mi sitio
para pedir,
como una estaca
clavada allí;
gente pasaba
mucha, y al fin
en vano á todos
yo les pedí.
Ni una voz dulce
yo pude oir,
ni diez centimos
yo recogí... (*Se interrumpe y escucha.*)
Calle, a Perico
he creido oir.

Amparo. Su voz te inmuta,
pobre infeliz.

Angela. Mucho le amo,
déjeme oir.

(La voz de Pedro y el pastelero se oirá muy cerca y clara, aunque no se les ve. Angela gratamente impresionada.)

Pedro. «Helada está la noche (*Si es posible que sea*
y no mi corazón; *cantando agradablemente.*)
pero un vaso de vino
podrá darme vigor.
Dámelo, pastelero,
por el amor de Dios.»

Pastel.º Pagados los tienes (*Recitado.*)
los cuatro, á condición
de tomar uno ahora,
otro luego.

Pedro. ¿Quién paga?

Pastel.º Alguien... Dices que es noche
y está bien claro el sol.

Pedro. «Eterna fué la noche (*Cantando idem id.*)
para el que nunca vió,
los rayos que tu dices
de refulgente sol,
mas yo un tiempo lo he visto

y el mismo me cegó,
así que ya á la vida
le tengo poco amor.

ESCENA XI.

Las mismas. PEDRO, *que entrará por la puerta del fondo.*

AMPARO. A Pedro le causa tedio
la vida y ama la muerte.
No tanto, que vuestra suerte
mejorará sin remedio
PEDRO. Ah! (*Acabando de entrar y aún cerca de la puerta.*)
ANGELA. Sí?
AMPARO. Una mano piadosa
se os tenderá con amor
para aliviar el dolor
de nuestra vida afanosa.
MARIA. Por eso aquí os ha citado.
MANUELA. Con tanto amor y bondad.
ANGELA. Y con tanta caridad.
PEDRO. Para todo el desgraciado.
AMPARO. A todos quisiera ver
ya amparados sin demora.
PEDRO. ¿No es una santa señora?
¿No es bendita la mujer
que ama sólo los dolores?
ANGELA. Es la bendición de Dios.
PEDRO. Y que nos casa á los dos
y alumbra nuestros amores!
MARIA. Quiere mitigar el mal
de todos los pobres ciegos.
PEDRO. Que le ayuden nuestros ruegos
para idea tan colosal!
AMPARO. ¿No se formó sociedad
para animales y plantas;
suscriciones mil y tantas
que inventa la caridad?
MARIA. La de animales? A esa
le faltó amparar los perros
en su abandono...
AMPARO. Esos yerros
los cometió por sorpresa;
con presteza singular
el padrón se repartía,
y el pobre que no tenía
se apresuró el perro é echar,
si bien el más avisado
con más paciencia esperaba,
si el pago no le apuraba,

su importe haber preparado;
que esta pobre humanidad
no es tan mala como dicen
aquellos que se desdicen
con sus obras...

MARIA. Y es verdad;
safado á los que le valga
ese despojo perruno
dinero, no hay sólo uno
que á su defensa no salga.

AMPARO. Ah! se angustia el corazón!
Pensemos, doña María,
y esto nos dará alegría,
cuando se abrió suscrición
para familias, que hay muchas
de víctimas en campaña,
de catástrofes, que España
hoy abunda en esas luchas!
y el célebre centenario
de Calderón, de Colón!
No veis la humana razón
inmortalizar al sabio
que estirpa nuestra ignorancia,
llevándonos al progreso
con paso firme .. Ah! Por eso
de mi idea, aunque en su infancia,
no desespero, pues creo
que el bien todos desearán
de los ciegos, y que harán
por realizar el deseo.

ESCENA XII.

Los mismos.—JUÁN, *que entra por el fondo.*

(Pedro y Angela se hablarán bajo y á intervalos desde la llegada de Juan).

JUAN. Señora mía.
AMPARO. Hola! Adiós, Juan.
JUAN. Me deshacía
AMPARO. ¿Por qué ese afán?
JUAN. Porque á la cita
tarde he llegado.
AMPARO. ¿Y eso te agita?
Nadie ha esperado...
Ya te hablé, Juan,
de aquel asunto,
todos están.
MARIA. Y bien á punto,
Pedro, Manuela,

Angela...

JUAN. (*Interrumpiéndola.*) Y yo.

AMPARO. Y me consuela
que os amo, oh!,
á todos mucho,
que hayais venido,
pues aunque lucho,
he decidido
poner á prueba
este mi plan.
Nadie, oh!, se niega...
Justo es mi afán...
Que llueva ó truene,
andais piendo,
y os va el que tiene
pues socorriendo.
Si el mal deploran,
ven con piedad
á los que imploran
la caridad...
En vuestra casa
no os podrían ver,
y mal se pasa,
no hay que comer,
lo que os obliga
siempre á salir,
y no se diga,
sólo á sufrir.
Creo muy bastante
no podais ver,
y soy constante
en mi parecer.
Por eso cuento,
y sin dudar,
que al pensamiento
me han de ayudar,
tanto el obrero
y el industrial,
como el tendero
ó el general,
Reina regente,
nuestro Rey niño,
el presidente
con sus ministros,
también León trece
y el alto clero,
el bajo créese
será el primero.
Hombre de ciencia,

también de oficio,
y hombre que piensa
ante el martirio,
todos en lista
pondrán su nombre;
no hay quien resista,
ni un solo hombre
se ha de negar
al justo ruego
para aliviar
al pobre ciego.

ESCENA XIII

Los mismos. — EL MUCHACHO *que ha de ser conductor de* JUAN, *que entra por el fondo.*

MUCHA. Buenos días tengan ustedes.
MANUELA. Dichosos los que lo ven.
MARÍA. Juan, ¿es otro?
JUAN. Sí.
AMPARO. Ah! Bien,
siéntate.
(Al muchacho, que no alcanza bien á la silla, pero al fin se sienta.)
MUCHA. ¿Aquí?
AMPARO. Sí, ¿no puedes?
MUCHA. Ya alcancé.
MARIA. ¿Qué, es tan pequeño?
JUAN. Si yo no sé, habla tan claro!
MANUELA. Prosiga usted, doña Amparo.
AMPARO. Pues he formado mi empeño
que con la gran suscrición
una renta vitalicia,
siendo la suerte propicia,
gozareis de una pensión,
y este bien ha de obtener
tan sólo el que nada tenga,
ni á nadie que le mantenga:
muchos así no ha de haber.
Fincas, terrenos se adquiere
con la lista nacional,
su producto es capital
que al ciego sustentar puede.
Un manifiesto lancemos
en provincias y esta villa,
y sabreis sin maravilla
que tantos como tenemos
de vecinos en la corte
han de firmar y gustosos,
y sin hacerse morosos,

con alegria y trasporte.
Sí, oirán con benignidadad
el gran empeño formado
de que sea el ciego salvado
de implorar la caridad,
por esas calles luchando
con tanto peligro y coche,
sin luz en su eterna noche
y siempre el pan anhelando,
que en esa gran suscrición
todos en lista su nombre
pondrán cual un solo hombre
los hijos de esta nación.
Hoy que su paso entorpece
mas los tranvías y el tumulto
la caridad rinda culto
á quien tanto lo merece,
y aunque en provincias no haya
tantos peligros, querrán
venirse á Madrid si el plan
no se extiende á toda España.
Exposición en las Cortes
y firmas del ateneo
y las academias, creo
que darán buenos importes.
Los de la unión mercantil,
El círculo nacional,
y todos en general
se aumentarán en cien mil.
El Fomento de las Artes,
periódicos de Madrid
y provincias. Oh! pedid
á Dios que por todas partes
sean hechas exposiciones
y comisiones gestoras
de hombres y de señoras.

JUAN. Hay tan buenos corazones.

MARIA. Sí, es una calamidad
el ver al ciego sufrir
y á más para subsistir
implorar la caridad.

ESCENA XIV

Los mismos.—JOSÉ, *que ha entrado por el fondo poco antes de concluir de hablar su madre, y soltando su sombrero.*

JOSÉ. Dices bien, qué horror (*Con entusiasmo.*)
madre mía, qué horror,
si el siglo ilustrado

le acrece el dolor
su luz material;
La intelectual
con su ilustración
estirpaıá el mal.
Ellos no la ven
pero en su vaiven
con los transeuntes
lo oyen con desdén.
Saben que mejora
casi cada hora
lo que para ellos
su mal empeora,
pues no hay-que dudar,
casi puede andar
hoy el triste ciego,
y así hay que pensar
que si no se inventa
tengan una renta;
este grato siglo
no les tiene cuenta.

AMPARO. Sí, que el venidero (*Con entusiasmo.*)
no falte el dinero
á esos desdichados
así yo lo espero,
Llegará el momento
que tanto torm nto
mejore y que puedan
gozar de contento.
No ya más sufrir,
no vais á sentir
calores ni frios
ya para pedir;
sobre esos dolores
y esos sinsabores
tan sólo os faltaban
hielos y calores.
¡Cual otra ha de haber
mayor padecer
tan lóbrego, horrible,
como nunca ver...
Ah! esa luz divina
que tanto ilumina
por ser la del alma
al bien nos inclina;
fuera un fratricidio
que de tal martirio
lleveis más la palma.
¡horrible delirio...

¡A Dios alabad,
y también rogad
porque no imploreis
más la caridad.

PEDRO. Por usted, señora.

ANGELA. Sí, que es la que ahora
nos quiere hacer bien.

MANUELA. Conmueve, y se llora. *(Lo hace.)*

JUAN. A Dios le roguemos *(Todos conmovidos.)*
y bien esperemos
de nuestros hermanos.

JOSÉ. *(Con sentimiento.)* Que bien poco hacemos

ESCENA XV.

Los mismos. — EL CHICO *que conduce á* PEDRO, *que es mayor que el otro y más descarado.*

MUCH. 2.° Señor Pedro, ¿vamos ya?

PEDRO. Ten un poco de prudencia *(en tono de reprens.)*

MUCH. 2.° Yo tengo poca paciencia.

MARIA. ¡Qué niño! *(muestras de desagrado en los present.)*

PEDRO. *(Con enfado)* ¿Te callas?

MUCH. 2.° *(Como con desprecio)* Bah!

AMPARO *(queriendo cortar la escena)* Sí, sí, rogad al Señor
por toda la humanidad,
que siempre su caridad
(Los chicos hablarán entre sí.)
mitigó vuestro dolor.

JOSÉ. Y tanto es así, que aún creo
que con pensión, sin pedir,
no puedan ellos reunir
lo que alcance á su deseo.

JUAN. Nuestro deseo! Santo Dios,
¿cuándo se ve satisfecho?
Todo un día en pié derecho
para real y medio ó dos...

PEDRO. Y el sistema decimal
la limosna ha reducido:
el perro chico ha mordido
á todos, pues no es igual
á los dos cuartos.

MANUELA. Después
que hay que tener en cuenta
que de limosna á una renta,
hay distancia.

ANGELA. Ya tú ves:
un día mucho, y otro nada,
no ofrece seguridad,
que siempre la caridad

no se encuentra.

MANUELA. Y descansada,
cuando una salga á la calle,
poder ir á pasear
por el campo y respirar
aires puros.

ANGELA. Claro; calle,
por Dios. Ah! No, señorito; (*A Jose.*)
por corto que el sueldo sea,
el pan dara al que no vea,
que tiene harto trabajito;
con que agregando las penas
que por las calles pasamos,
no digo nada.

JUAN. Y estamos
con esperanzas tan buenas,
tratando aquí el mejor modo
para el socorro del ciego,
y me ha robado el sosiego
pensar, pues no me acomodo
á la idea que por mi mente
ahora acaba de cruzar,
y es, se pueda acordar,
por creerlo más clemente,
hacer establecimientos
donde seamos acogidos,
y entonces somos perdidos,
se doblan los sufrimientos.

AMPARO. Sociedades protectoras
se han de encargar, pues, de eso,
que cumplirán con exceso
las deseadas mejoras.
Por sus ciegos naturales
en provincias formarán
como un montepio, y serán
al de Madrid casi iguales.
Que á más libertad tengais
aún de pedir, si quereis,
y sobresueldo forméis
al nacional que obtengais.
Las casas de caridad
que con temor indicaste
formarían triste contraste
del ciego y la humanidad.
¿Qué privilegio tendría
entonces vuestra desgracia?
Todo se hará sólo en gracia
de vuestra eterna agonía.
Esas casas santas, son

para el pobre desgraciado.
El mundo del que ha cegado
es una eterna prisión.

JOSÉ. Un lóbrego calabozo,
que con su eterno grillete
al triste ciego somete,
matándole el mayor gozo.

AMPARO. Libertad ha de tener
para habitar donde quiera,
en casa estar ó irse fuera,
cuando lo desee, comer.

JOSÉ. Y, en fin, estar en su casa
no sujeto á la campana
que tocan bien de mañana;
para el que ve, todo pasa;
y así debemos pensar
en que tan sagrado asunto
debe activarse, y al punto
en él quiero trabajar.
Mi principal al saber
que hay sociedad protectora,
y en la comisión gestora
ingreso yo, él va querer
ingresar en la primera.
Es persona muy estimada
y conocida, que á nada
que indique...

MARIA. (*Interrumpiéndole.*) Cual si lo viera
se atrae á muchos...

JOSÉ. También
germina la caridad
del alma, y su propiedad
es inclinarnos al bien.

MANUELA. Dios colme á toda buen alma
con el bien que la deseo.

ANGELA. Y las de mucha salud.

PEDRO. Mas creo
tenemos gran quietú y calma
en estos momentos .. He...
¿Nosotros no hacemos nada?

JOSÉ. Estudiar una tonada
cuya letrilla os daré:
Buscar á los demás ciegos
que se vayan enterando
y en grupos salis cantando
que el pueblo oiga vuestros ruegos.
Algunas teneis ya aquí
(Sacando unos papeles debajo del tapete que cubre la mesa.)
que acá las estudiaréis

y ahora mismo las oireis

(Si es que se quieren ó pueden cantar, aunque con acompañamiento de orquesta figurando ser de las guitarras y violín de los ciegos que sea muy agradable y filarmónico; de todas suertes figura ser José el que les vá leyendo lo que cantan, y si no así, José los leerá con sentimiento y gusto. Los chicos acercarán los ciegos á José, las ciegas también)

todos los días se hará así.
JOSÉ *lee: (mejor sería para canto)*
«No dejeis al triste ciego
vagar en su oscuridad
sin tenderle con piedad
la mano en su padecer.
Que se ve cual mustia rama
á dó el rayo refulgente
seca del sol inclemente.
que á posar va sobre él.»
«Somos cual isla desierta
que está en el mar de la vida,
y que se ve combatida
de la tormenta al rigor.
Sin consuelo ni reposo,
dolor que no tiene nombre
y mitigar puede el hombre
si nos tiene compasión.»
«La caridad embellece
y su aroma cual las flores
que esparcen gratos olores
su perfume al aspirar.
Es la madre cariñosa
que abre el pecho á la esperanza.
y á nueva vida nos lanza
la suscrición nacional.»
«Gloriosa es la nación
que abriendo nacional
y santa suscrición
alivia nuestro mal.»
«Abunda en sentimiento
esta canción del ciego
y su elevado acento
róbanos el sosiego.
Ecos que amor enciende
y su dolor trasmite
que el alma los comprende
y por doquier repite.»
«No más le abandonemos
al hado asaz impío,
y de evitar tratemos

pasen calor y frio.»
«Que el siglo esclarecido
destelle nueva gloria
no dándolo al olvido
ni un punto nuestra historia.»
«Tan sólo amor impera
con actos de clemencia
y la virtud refleja
dó rige la inocencia.»
«Y así con justo anhelo
suscrición se vá abrir
que el pan con desconsuelo
le obligan hoy pedir.»
«Gloriosa es la nación
que abriendo nacional
y santa suscrición,
alivie nuestro mal.»
«No mira, no, con calma
el refulgente sol
aquel de pura raza
soberbio el español.
Que hiérele su alma
tanta iluminación
sin penetrar su llama
del ciego en la mansión.»
«Y con tan noble ansia
su belloc orazón
sólo el consuelo halla
prestándole su amor.
Así, que ideas sujiere
á su exaltada mente
que realizar ya quiere
este pueblo clemente.»
«Gloriosa es la nación
que abriendo nacional
y santa suscrición,
alivie nuestro mal.»
«Nosotros vivimos
de la caridad;
de un modo ó de otro,
¿que más os dará?
Nos recogereis
nos quitais de andar
siempre por las calles
de acá para allá.»
«Con la guitarrilla
dale que le dás
y con el eterno
y triste cantar.

Del que llora y tiene
pena sin igual
y es puro lamento
su canto no más.»
«Gloriosa es la nación
que abriendo nacional
y santa suscrición
alivie nuestro mal.»
Coches y tranvias
carros y caballos,
con todo va el ciego
siempre tropezando.
«Cual nunca hoy le estorban
lo que va buscando,
que es el pan que os toma
mas que nunca amargo.»
«Que también la gente
dificulta el paso
con tanta afluencia
aunque sea verano.
Hubo los perreros,
chicos hoy tirando
á lo pelotaire
buenos pelotazos.»
«Que algunos bien gordos
hemos alcanzado
en la barahunda
y mil contronazos,
No asi lo pasaban
los ciegos de antaño,
que tantos tropiezos
no hallaban al paso.»
«Compasión tened
de estos desgraciados
antes que se marche
el siglo ilustrado.»
«Gloriosa es la nación
que abriendo nacional
y santa suscrición,
alivie nuestro mal.»
«De tanta carrera,
oficio ó empleo,
el ciego no tiene
otro que el solfeo.
O la humillación
de andar implorando
vuestra compasión.
Pena es sin igual
no poder cual todos

también trabajar.»
«Que viva la España
con su caridad,
y todo el que vaya
su nombre á apuntar.
Con sólo un céntimo,
si no puede más,
y oculte su nombre
si es su voluntad.
Ya sabreis los puntos
que la caridad
impone á los socios
qu han de recaudar.»
Gloriosa es la nación
que abriendo nacional
y santa suscrición,
alivie nuestro mal.»

JOSÉ. No hay más.

PEDRO. Me han gustado mucho.

ANGELA. Y á mí, y las entonaremos...

MANUELA. (*Interrumpiéndola*). Yo mal.

PEDRO. O bien, ya veremos.

MANUELA. Con mi mal oido lucho.

MARIA. Me habías dicho...
(A su hijo, que siguen después hablando quedo.)

PEDRO. Hoy vivimos
sólo de la caridad,
mas esta, así, nos dará
lo que en la calle pedimos.

AMPARO. Eso, eso es lo que quiero.
Mas para que se consiga,
(*al espectador*) fuerza será que os lo diga,
vuestro concurso lo espero,
vuestra indulgencia también;
que la pieza no ha valido,
mas si la habeis acogido
vuestro será el parabién.
Y entretanto espectador,
el que tome iniciativa,
el pensamiento lo activa,
recogiendo bella flor,
la flor de la caridad,
que al alma lleva el consuelo,
prestando apoyo al que cielo
ni sol ve en la oscuridad.
Si tan piadosa inventiva
cada cual quiere aceptar,
es obra caritativa
los trabajos comenzar.

Y es necesario al efecto
se dupliquen las gestiones,
se formen las comisiones
y redacte el manifiesto.
Que así, siendo nacional
benéfica asociación,
falta de lesa nación
comet rá el que obre mal.
Y si esta no hace reir,
y os invita á trabajar,
es por saber que aliviar
quereis del ciego el sufrir.

FIN.